

mismo tiempo una cuestión moral, juzgará de muy diferente modo.

Desde el punto de vista moral, el juicio no puede ser dudoso. Ya Séneca se ocupó en esta cuestión, <sup>(1)</sup> porque lo que él mismo presenciaba en la sociedad de su tiempo, y los reproches de su conciencia por su propia prodigalidad debieron llamar su atención sobre este punto; pero sacó la consecuencia de que no se puede ver en el lujo más que una enfermedad social.

Hay, sin embargo, un tercer punto de vista que debe tenerse en cuenta; el del progreso intelectual. En este concepto le considera Plinio en un pasaje profundo y digno de ser meditado: «¿De qué procede, se pregunta,—y nosotros podemos hacer lo mismo respecto á la Edad Media,— que vivamos en tal ignorancia acerca de los tiempos que nos han precedido? Nunca nos asombraremos bastante de que se haya perdido para nosotros el conocimiento de los tesoros intelectuales conquistado por los antiguos; en este concepto vivimos en una especie de letargo, y necesitamos buscar de nuevo lo que ellos poseían ya. Pero así debía ser, continúa; nuestro lujo y nuestra sed de oro nos han embotado la perspicacia de la inteligencia; donde ese desdichado espíritu llega á reinar, se acabaron los bienes intelectuales. En la sencillez, hay entusiasmo por el ideal; cuando prevalece el bienestar de la vida, disminuye la cultura intelectual». <sup>(2)</sup>

Pero siendo así, no puede haber duda alguna en que toda época voluptuosa y pródiga es sinónima de época decadente, y que el lujo, una vez pasados ciertos límites, es una señal cierta de la decadencia de las costumbres y de la cultura intelectual, y, por consiguiente, una prueba de retroceso.

**7. Lo mismo enseña la historia antigua.**—Este hecho de un retroceso moral constante, tal como acabamos de observarla en los romanos, se verifica en todas partes,

(1) Séneca, *Epist.*, 114.

(2) Plinio, XIV, 1, 1 y sig.

cualesquiera que sean el pueblo y la especie de civilización moral é intelectual que consideremos. Podemos admitir como el resultado más cierto de toda la historia de la civilización antigua, la acción retrógrada constante de la humanidad. Hemos examinado ya esto relativamente á la religión; pero lo mismo puede también decirse de todos los elementos que constituyen una civilización adelantada. Aun cuando se produzca un florecimiento temporal en algún punto determinado, no dura ordinariamente mucho tiempo, y le sucede siempre una decadencia más profunda.

Ya hemos hablado de los persas. <sup>(1)</sup> En los antiguos tiempos se nos presentan mucho más nobles y benignos que después, cuando la crueldad y la perfidia parecen ser casi inseparables de su carácter. Lo mismo sucede con los indios; hoy se considera la mala fe como el distintivo principal del carácter indio; el perjurio es allí usual. Hacen increíblemente difícil la acción de los tribunales; el abuso de confianza puede ser considerado como un mal innato en ellos y arraigado en su sangre. ¡Qué diferente era todo en otro tiempo! Algunos siglos después de Alejandro, eran aun cosas desconocidas en la India las cerraduras, los robos, los testigos, las formalidades en los pactos y los procesos; <sup>(2)</sup> la verdad era antes que todo para aquellos pueblos; jamás salía de sus labios una mentira; <sup>(3)</sup> nadie recordaba que un indio hubiera sido llevado ante los tribunales por acusación de estafa. <sup>(4)</sup>

Desde las guerras médicas, por consiguiente, á partir precisamente de la época en que había alcanzado el más alto punto su florecimiento exterior, va empeorando continuamente el estado moral de los griegos: Isócrates hace ya de él una descripción espantosa. <sup>(5)</sup> En la época de Alejandro, todas las partes esenciales y las bases indispensables de la vida moral: religión, sentimientos de vergüenza,

(1) V. Conf. VI, 4.

(2) Strabón, 15, 1, 34, 53.

(3) *Id.*, 15, 1, 54.

(4) Arrian., *Ind.*, 12, 5.

(5) Isócrates, *De permut.*, (15) 283 y sig.

de pudor, de verdad y de honor habían desaparecido, por decirlo así, de las clases elevadas. Perjurio, mentira, engaño, responden al concepto que se tiene de los griegos, de tal suerte que pasó á ser como proverbial. Los ataques contra la religión aumentaban continuamente; en vano era buscar formalidad en el pueblo. La grosería y la inhumanidad de sentimientos apenas podían ocultarse bajo el barniz de una civilización refinada hasta el exceso, superficial, y ni lo procuraban ya. El vicio se convertía en condición honrosa cuando sabía producirse con ingenio y estética; la venalidad, la orgía y la perfidia, fueron ya como elementos de carácter nacional. Á cada paso que la civilización parecía ganar en extensión, perdía en fuerza y en naturalidad.

Pocos pueblos cayeron tan rápida y profundamente como los griegos, pero ninguno supo mantenerse á la altura de su moral de otro tiempo. Lo mismo sucedió con los alemanes nuestros antepasados hasta que no vino en su auxilio la nueva religión sobrenatural. Crecía la civilización exterior, pero el sentimiento religioso y la moral, únicas cosas que dan á la vida valor y consistencia, declinaban rápidamente. No debemos representarnos á los germanos tales como los describe Tácito, como salvajes que tenían motivos para envidiar la suerte de los osos y de los lobos. (1) Eran muy sencillos en sus costumbres y en su manera de vivir, pero no eran groseros. Pocos siglos bastaron para cambiar su civilización. En otro tiempo tenían caballos á los que faltaba esbeltez y ligereza, (2) y más tarde Teodorico quedó muy complacido por las cualidades de los nobles corceles que Turingia le envió como presente. (3) Según César, la introducción del vino estaba prohibida entre los suevos; (4) en la época de Tácito era ya objeto de importación; (5) desde el tiempo de Probo, ellos mismos cultivan las viñas. Sus escudos, hechos antes con madera de tilo ó

- (1) Holtzmann, *Germanische Alterthümer*, 2 y sig.
- (2) Tácito, *Germ.*, 6. César, *Bell. gall.*, 4, 2; 7, 65.
- (3) Cassiodor., *Variar.*, 4, 1.
- (4) César, *loc. cit.*, 4, 2.
- (5) Tácito, *loc. cit.*, 23.

con mimbres, (1) y en que pasaban los ríos, (2) estaban, por toda ornamentación, pintados de colores muy vivos; (3) pero pronto los guerreros usaron escudos resplandecientes de oro (4) y guarnecidos de piedras preciosas. (5) En los contratos pagaban antes con ganados, anillos, ó hilos de oro, y poco después tenían ya moneda. (6) Una espina bastaba á los antiguos germanos para sujetar el manto, pues entre ellos eran muy sencillos los vestidos; únicamente los ricos llevaban el traje algo más ceñido; se consideraba como gran adorno las pieles de animales, ya del país, ó procedentes de lejanos mares, (7) es decir, pieles de animales marinos teñidas. Las mujeres vestían con la misma sencillez que los hombres; (8) con frecuencia no llevaban más que un vestido de tela sin mangas, teniendo por todo adorno una banda de color de púrpura, pero después usaron vestidos brillantes, adornados con botones de oro. (9) Se dió á los guerreros trajes pintarrajeados y forrados de pieles (10) y los cambiaban tres veces al día. (11) Las bridas lucían sedas (12) y pedrería; (13) las sillas eran brillantes, adornadas de oro claro y rojo, (14) guarnecidas de piedras preciosas. (15) Los criados usaban también trajes de color de oro, enriquecidos con perlas y piedras finas: (16) ya se comprenderá con esto cómo brillarían los trajes de las mujeres. Resplandecían en ellos las piedras preciosas engastadas en oro; (17) nadie podría decir que había visto en

- (1) César, *loc. cit.*, 2, 23.—Tácito, *Arm.*, 2, 14.
- (2) Gregor. Turon., *Hist. Franc.*, 4, 30.
- (3) Tácito, *Germ.*, 6.
- (4) *Nibelungenlied* (Lassberg), 1010, 2.
- (5) *Ibid.*, 994, 3; 2259, 3.
- (6) Holtzman, *loc. cit.*, 129.
- (7) Tácito, *German.*, 17.
- (8) Tácito, *loc. cit.*
- (9) *Nibelungenlied*, 1320, 1. (10) *Ibid.*, 59, 4.
- (11) *Ibid.*, 370, 2, 3.
- (12) *Ibid.*, 577, 1.
- (13) *Ibid.*, 576, 2.
- (14) *Ibid.*, 575, 2.
- (15) *Ibid.*, 409, 1.
- (16) *Ibid.*, 719, 213.
- (17) *Ibid.*, 784, 3.

la tierra nada tan bello. <sup>(1)</sup> Las arcas rebosaban de vestidos lujosos, de anchas cintas, de broches y hebillas brillantes. <sup>(2)</sup> Guarneían con pedrería magníficas telas de Zazamanc, verdes como el trébol; <sup>(3)</sup> empleaban los mejores tejidos de Libia <sup>(4)</sup> y de Marruecos, las más bellas sedas de Nínive <sup>(5)</sup> y las más claras telas de Arabia. <sup>(6)</sup> Los vestidos estaban guarneídos de martas y de armiños; <sup>(7)</sup> en la mesa usaban vajillas de oro; <sup>(8)</sup> servían el agua para lavarse en palanganas doradas: <sup>(9)</sup> en resumen, como se ve, por el fausto y el ceremonial casi orientales de que ya Clodoveo se rodeaba, los alemanes se mostraron en alto grado accesibles á todo género de refinamientos exteriores.

Pero el ennoblecimiento interior, en otros términos, el verdadero progreso, ¿adelantaba también? ¡Pluguiese á Dios que pudiéramos contestar afirmativamente á esta pregunta! Por desgracia, también aquí se encuentra el salvajismo interno unido á un mero barniz exterior. Los antiguos germanos tienen nobles rasgos que no encontramos ya en sus descendientes. Aunque encontremos en Tácito la antigua condición de los germanos descrita en caracteres superiores á los que en realidad tenían, no podemos, sin embargo, creer que haya querido hacerlo con objeto de presentar á los romanos modelos de costumbres destinadas á hacerles sentir vergüenza por las suyas. Tomada en general, juzgamos que su descripción era conforme á la verdad, porque está de acuerdo con todos los demás testimonios antiguos; pero no podemos dejar de reconocer más tarde una profunda decadencia en la vida de los germanos, decadencia que solamente el Cristianismo pudo dete-

(1) *Nibelungenlied*, 284, 4.

(2) *Ibid.*, 264, 4; 278, 2, 3.

(3) *Ibid.*, 371, 1, 2.

(4) *Ibid.*, 372, 1.

(5) *Ibid.*, 858, 1.

(6) *Ibid.*, 841, 2.

(7) *Ibid.*, 581, 1; 373, 3.

(8) *Ibid.*, 1325, 3.

(9) *Ibid.*, 610, 1.

ner después de larga y penosa lucha. Las horribles atrocidades que desde Clodoveo se cuentan en la historia de los francos, exteriormente cristianos ya, lo prueban por modo suficiente. Cuando los vándalos se apoderaron de Cartago, eran sobrios y castos, hacían leyes severas para conservar las costumbres, <sup>(1)</sup> y no se contaminaron con la terrible voluptuosidad reinante en el país de que habían tomado posesión. <sup>(2)</sup> Su buen ejemplo ejerció benéfica influencia entre los antiguos habitantes. <sup>(3)</sup> Lo mismo se puede decir de los godos y de los otros bárbaros que se repartieron por entonces el Imperio expirante; <sup>(4)</sup> pero esto solamente duró medio siglo. Esos pueblos se mostraban civilizados en su conducta, es verdad; pero en cambio eran más astutos en sus deseos y en su corrupción, que lo habían sido nunca los poseedores del suelo que ocupaban. Procopio podía decir de los vándalos de su época—y entonces el mundo estaba habituado á ver vicios—que entre todos los pueblos conocidos, eran aquéllos los más afeminados é inmorales. <sup>(5)</sup>

Se ha creído poder explicar la innegable decadencia de la raza germánica por su contacto con los romanos corrompidos, ó por reacción contra los duros tratamientos que les infligían. <sup>(6)</sup> Evidentemente, para no formar de nuestros abuelos un concepto demasiado desfavorable, hay que tener en cuenta esas influencias donde realmente tuvieron lugar; pero se puede observar ya esa degeneración en las tribus que ninguna relación tenían con los romanos. La crueldad de los vikings normandos seguramente no era inferior á la de los francos. Sajaban los costados á los prisioneros sin defensa, les arrancaban las entrañas y esparcían sal en su lugar. De tal modo acabó por ser eso en ellos una costumbre, y lo hacían con tanta destreza,

(1) Salvian., *Gubern. Dei*, 7, 21, 89, 90.

(2) *Ibid.*, 7, 16, 65, 67.

(3) *Ibid.*, 7, 21, 91.

(4) *Ibid.*, 4, 13, 64; 7, 6, 23-25; 7, 27; 20, 85, 86.

(5) Procop., *Bell. vand.*, 2, 6.

(6) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, I 92 y sig.

que inventaron para esa atrocidad un término técnico propio, *arn rista*.<sup>(1)</sup> La astucia, el disimulo, la perfidia, la deslealtad, el incendio, la rapiña, el homicidio cometido únicamente por el deseo de derramar sangre, fueron, durante siglos, su verdadero elemento de vida,<sup>(2)</sup> hasta que por fin el Cristianismo los educó después de violenta lucha. Aquella decadencia evidentemente se debió á ellos mismos; para procurarse tales desgracias no necesitaron la ayuda de los extranjeros: ellos solos se bastaron.

Lo mismo sucedió con los escitas: tuvieron en otro tiempo costumbres excelentes, pero ya antes de acabar la Edad Antigua<sup>(3)</sup> se apoderó de casi todos ellos una corrupción terrible, en tanto que otros permanecieron fieles á su antiguo natural más apacible. Aunque por su comunicación y relaciones con los extranjeros su conducta exterior se hizo más cortés, decayeron, sin embargo, profundamente desde el punto de vista moral. Su voluptuosidad excedía á cuanto se había notado hasta entonces,<sup>(4)</sup> sin contar con que eran aficionados á matanzas y bebían en los cráneos de sus enemigos.<sup>(5)</sup>

Los errores morales de los cafres datan de una época relativamente reciente; antes vivían también con más pureza.<sup>(6)</sup> No hay duda en que los indios, cuando el descubrimiento de América, estaban más civilizados, desde el punto de vista exterior y del intelectual, que los indios modernos. Eran entre ellos raros los homicidios, los robos, las violaciones de la fidelidad conyugal, la glotonería y la embriaguez; se dice que su carácter actual no se parece ya al de entonces;<sup>(7)</sup> pero no es menos cierto que la civilización de los americanos en el siglo XVI era ya inferior á la de los tiempos antiguos. Los viajeros no encuentran pa-

(1) Wachsmuth, *Europäische Sittengeschichte*, II, 10.

(2) *Ibid.*, II, 22 y sig.

(3) *De nos jours*, dice Strabón, 7, 3, 7.

(4) Clearco, *Fragm.*, 8 (Müller, *Fr. hist. Gr.*, II, 306).

(5) Strabón, 7, 3, 6, 7, 9.

(6) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, II, 389.

(7) Waitz, *loc. cit.*, III, 76, 161 y sig.

labras para describir la magnificencia de las antiguas ciudades de Palenque y Uxmal, hoy arruinadas:<sup>(1)</sup> excedían con mucho en belleza y esplendor á las que ahora se construyen. Los antiguos americanos eran también muy hábiles en la construcción de caminos y en la organización del servicio de correos.<sup>(2)</sup> Por todas partes se encuentran huellas de esa civilización más elevada de otro tiempo, entre los guaraníes y los omagas del Brasil,<sup>(3)</sup> en Costarica<sup>(4)</sup> y en Honduras.<sup>(5)</sup> Lo mismo puede decirse de los australianos<sup>(6)</sup> y de los canacos.<sup>(7)</sup> Las construcciones ciclópeas, los maravillosos trabajos en piedra que se encuentran en muchos pueblos del Océano Pacífico, especialmente en la isla de Pascua<sup>(8)</sup> las magníficas obras maestras en piedra y en bronce, las construcciones monumentales, como los templos malayos, como el de Burubudor especialmente, en la isla de Java,<sup>(9)</sup> muestran que esos pueblos estaban mucho más adelantados que hoy con relación á la inteligencia y al arte, y evidentemente también desde el punto de vista moral y religioso. Debemos decir lo mismo de los chinos: su arte no iguala hoy al de los tiempos pasados, y sus costumbres tampoco. Actualmente hay allí mucha corrupción en la vida; pero todos los testimonios están de acuerdo en que era más pura y más noble en los tiempos antiguos.<sup>(10)</sup> También es cierto que los polinesios, el pueblo hoy más infame de la tierra, no se entregaban en otro tiempo á sus horribles desórdenes, sino que vivían de un modo mucho más moral.<sup>(11)</sup>

(1) *Missions cathol.*, 1893, p. 3 y sig., 57 y sig., 102.

(2) Ratzel, *Völkerkunde*, (1) III, 76, 648 y sig., 686 y sig.

(3) *Ibid.*, III, 425 y sig.

(4) *Ibid.*, IV, 343.

(5) *Ibid.*, IV, 284.

(6) *Ibid.*, VI, 767.

(7) *Missions cathol.*, 1881, p. 10.

(8) Ratzel, *loc. cit.*, II, 360 y sig.

(9) *Ibid.*, II, 382 y sig.

(10) Plin., 6, 20 (17), 2. Mela, 3, 7. Bardesanes (*Frag. hist. Gr.*, V, 2, 81). Euseb., *Præp. evangel.*, 6, 10 (Viger., p. 274, d.). Ammian, Marcell, 23, 6. Eustathii, *Comment. in Dionys. perieges.*, 752 (Müller, *Geogr. græci minor.*, II, 348); *Totius orbis descriptio*, (4 lib. II, 514).

(11) Waitz, *loc. cit.*, V, 2, 191.

**8. La historia del matrimonio es una prueba de la decadencia de los pueblos.**—Hasta ahora hemos demostrado solamente en general el retroceso de la civilización, pero es fácil confirmar nuestras demostraciones con pruebas especiales; y con tal objeto nos valdremos desde luego del medio más seguro para juzgar el estado moral de un pueblo, es decir, las relaciones conyugales. <sup>(1)</sup>

En los tiempos modernos, muchos escritores como Bachofen, Mac Lennan, Morgan, Giraud Teulon, Dargun, á quienes se unen los socialistas, dirigidos por Engel y Bebel, han rejuvenecido la repugnante doctrina, defendida ya por algunos antiguos, <sup>(2)</sup> de que en el llamado estado de naturaleza no existía la vida conyugal, sino que las mujeres de una horda pertenecían por igual á todos los hombres de la misma. También encontró Lubbock la expresión propia de esa repulsiva idea: *Hetairismo*. Otros lo llaman, algo menos crudamente, matrimonio en común. Lubbock y otros amontonaron materiales, <sup>(3)</sup> con erudición muchas veces de segunda mano, y que sería digna de mejor fin, para demostrar qué impurezas pueden encontrarse en la historia del matrimonio; y todo esto para hacer creer que los escándalos de babilonios, fenicios, australianos y polinesios no son más que un retroceso al primitivo estado de naturaleza. Lubbock no está lejos de afirmar que debemos reconocer en Nerón, Heliogábalo y otros monstruos de cinismo los representantes propiamente dichos de la primitiva humanidad.

No son estas ideas lo bastante groseras todavía para los autores más modernos: miran á Lubbock con cierto desdén, porque, en su teoría, lo humano tiene aún demasiada importancia en los comienzos de la humanidad, aun tratándose de inmoralidades, y no desenvuelve bastante á fondo los pretendidos grados de la introducción de lazos sociales por el desarreglo hasta la inhumanidad completa.

(1) V. *Apología*, vol. I, 98.

(2) Lasaulx, *Studien*, 354 y sig.

(3) Lubbock, *Entstehung der Civilisation* (deutsch Iena, 1875), 86 y sig.

A la moderna ciencia darwinista hasta le parece insuficiente la afirmación de que fueron groseros los comienzos de la humanidad, de que podemos aún ver algunos restos en los pueblos llamados de naturaleza. Pone antes del actual orden social, es decir, de la civilización, el estado de barbarie; y antes de éste, un estado aún más grosero, el estado salvaje, es decir, el estado animal. Únicamente en la tercera etapa, dice, se estableció el matrimonio en el sentido propiamente dicho, la monogamia; y no sucedió esto por razones morales, sino exclusivamente para consolidar por la herencia la inicua institución de la propiedad privada. Al estado de barbarie corresponden los matrimonios libres, es decir, uniones hechas para cambiar y variar, en todo tiempo disolubles. En el estado salvaje sólo existe el matrimonio por clan y por grupo, es decir, la comunidad completa dentro de la tribu. <sup>(1)</sup>

No podemos entrar aquí en más detalles acerca de esas teorías; quien haya leído en Engels <sup>(2)</sup> que solamente entre los iroqueses se aprende á comprender las relaciones de familia de los atenienses y de los romanos, fácilmente nos dispensará de ese trabajo y nos dirá que tenemos algo mejor que hacer. Además, esos sueños desaparecen en cuanto consultamos la historia seria.

Respecto á la India, todo nos dice que la monogamia era considerada como ley <sup>(3)</sup> en los tiempos más remotos y que la mujer tenía un estado honroso é independiente. <sup>(4)</sup> En los Vedas hay, sin embargo, ya indicaciones de poligamia; es rara, ciertamente, constituye excepción, pero es ya un hecho. <sup>(5)</sup> Se conocen la infidelidad conyugal y otros crímenes contra las costumbres. <sup>(6)</sup> Los ricos consi-

(1) Engels, *Ursprung der Familie, des Privateigenthums und des Staates*, (4) 63.

(2) Engels, *Ibid.*, loc. cit., 75 y sig.

(3) Bohlen, *Das alte Indien*, II, 144.

(4) *Ibid.*, II, 151 y sig. Cf. Paulino de San Bartolomé, *Voyage aux Indes orient.*, (1808) II, 37 y sig.

(5) Muir, *Original Sanscrit texts*, V, 457.

(6) *Ibid.*, V, 460 y sig.